

Arregárselas con el cuerpo y con el programa de goce

El programa de goce:

La expresión “programa de goce” que han leído como título a mi argumento es una referencia de un texto de Jacques-Alain Miller titulado “El porvenir del *Mycoplasma laboratorioum*”.¹ Se trata de una conferencia en la que se encuentran las declaraciones de Miller en ocasión del descubrimiento de la posibilidad de crear vida mezclando ADN artificial, es decir un cromosoma sintético, con una célula bacteriana viva.

Como contrapunto a ese descubrimiento, abordaremos hoy en verdad el trabajo sobre la genética que más bien descubre no la creación de la vida sino la posibilidad de la muerte.

Por ello, si la propuesta de este año es la de detenernos en los nuevos estilos de vivir la pulsión, voy a introducir hoy el llamado “programa de goce”; pero también, y quizás un poco imbuída por los ecos del Congreso de la AMP y del tema que fuera anunciado para el próximo congreso voy a introducir otro punto: el cuerpo.

Pero ¿de qué cuerpo vamos a hablar? No me voy a detener en ello, simplemente aclararles que más allá del cuerpo de la imagen, o del cuerpo simbolizado, nos detendremos en el cuerpo vivo, es decir, el cuerpo afectado por el goce. Pues, como dice Lacan, para gozar se necesita un cuerpo. “Solo hay goce con la condición de que la vida se presente como un *cuerpo vivo*”.²

Por ello Miller, siguiendo a Lacan en “La tercera”, llega a decir que quizás la vida merecería ser calificada de real, en la medida en que la vida es condición de goce. Hay una escritora española contemporánea que me gusta mucho que se llama Carmen Martín Gaité, y que entre otros tiene un libro que se llama *Lo raro es vivir*. Solo lo cito por la frase que da título a su novela en la que la protagonista dice algo así como que morir, nos vamos a morir todos, es lo más común... eso no es nada del otro mundo. “Lo raro, es vivir”.

Lo raro es vivir porque Lacan inscribe a la vida como real, pues “de la vida no sabemos nada más sino únicamente lo que la ciencia nos induce, o sea que nada hay de

¹ Miller, J.-A., “El porvenir del *Mycoplasma laboratorioum*”, *El caldero de la Escuela. Nueva serie*. 6, Grama, Bs. As., octubre 2008.

² Miller, J.-A., *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*, Paidós, Bs.As., 2003, p. 319.

más real, lo cual quiere decir más imposible que imaginar cómo pudo iniciarse esta construcción”³ refiriéndose a la molécula de ADN que equipara a un nudo

¿Y la muerte? Si algo caracteriza a los seres hablantes es la posibilidad de anticipar la muerte. Si, como decía Freud, la muerte no es representable, lo que la constituiría como un real (sexualidad y muerte), no es representable pero sí es anticipable, y en tanto tal ejerce una fuerte influencia sobre la vida, ya sea que se acepte o se excluya el riesgo. “La tendencia a excluir la muerte de las cuentas de la vida tiene como consecuencia la renuncia y la exclusión”, nos dice Miller leyendo al Freud de “De guerra y muerte”.⁴

Es decir que, como van viendo, los términos sobre los que vamos a trabajar hoy son: el cuerpo, el goce, la vida y la muerte según el tratamiento que de ellos se haga desde el discurso científico o desde el discurso analítico.

En su texto sobre el *mycoplasma laboratorium*, Miller nos remite a los seminarios 18 y 19; el interés en estos seminarios radica fundamentalmente en que nos permiten ubicar lo que Miller denomina “la extrema individuación del modo de goce”. De este modo, rescata para la experiencia analítica, tres rasgos constantes: la contingencia, la singularidad y la invención.

La contingencia alude al hecho de que la ausencia de una relación programada (genéticamente, podríamos agregar) entre los sexos, expone a los sujetos a la contingencia de los encuentros y de “los enunciados prescriptivos” que reemplazan esa relación que no se puede escribir.

La singularidad, en cambio, se refiere al hecho de que el modo de gozar de cada uno se vuelve necesario, no cesa de escribirse, y se repite. Tenemos lo que no se puede escribir, lo imposible, y lo que no deja de escribirse, lo que se escribe todo el tiempo, lo necesario. “Un análisis debe permitir localizar, aislar, hacer legible la escritura del programa de goce que prevalece para un sujeto, dándole así la posibilidad de ganar cierto grado de libertad con respecto a dicho programa de goce y, por lo menos, inscribirse en él con el menor malestar posible”.⁵

Finalmente, la invención, una invención aleatoria que recubre la contingencia y la necesidad, para reconciliar al sujeto con la singularidad, barriendo los fantasmas de “Yo, como los otros” o “Todos, menos yo”.

³ Lacan, J., “La tercera”, *Intervenciones y textos 2*, Manantial, Bs. As., 1988, p. 105.

⁴ Miller, J.-A., *La experiencia de lo real...*, op. cit., p. 329.

⁵ Miller, J.-A., “El porvenir del *Mycoplasma laboratorium*, op. cit., p. 11

Vemos entonces cómo la verdadera falla en lo real para los seres hablantes es la relación sexual que ninguna biología genética podrá colmar.

El programa de la ciencia

En “El atolondradicho”,⁶ Lacan plantea que hemos llegado al reino del discurso científico y que nos lo va a hacer sentir a partir de su crítica al universal de que “el hombre es mortal”. Recordarán la crítica que Lacan hace del silogismo aristotélico según el cual “Todos los hombres son mortales. Sócrates es hombre. Sócrates es mortal”. Planteada así la cosa, los hombres se homologan (*hombrelogan*) en un universal, pero por eso mismo se pierde su singularidad, pues Sócrates, además de morir porque es hombre y porque es mortal, murió por tomar la cicuta y no someterse a las reglas de amo de turno.

Entonces la muerte –dirá Lacan– “por universal que se la plantee, nunca deja de ser más que posible”.

La traducción de ese universal (“el hombre es mortal”) al discurso científico es para Lacan el “seguro de vida”. “La muerte, según el decir científico, es asunto de cálculo de probabilidades”.⁷ Otros discursos harán con la muerte otras maniobras. Hoy nos detendremos en la maniobra del discurso de la ciencia y cómo los sujetos se sirven de ella para dar la espalda a lo real.

Miller, en *La experiencia de lo real...*, plantea que la referencia cartesiana le permite a Lacan introducir la vida/goce, la sustancia gozante, ya que Descartes, al reducir la materia a la extensión (recuerden la oposición entre res extensa y res pensante) excluye el goce del cuerpo, con lo cual el cuerpo es desconocido por Descartes; es más, es reducido a una maquinaria. Este desconocimiento del cuerpo que resulta de reducirlo a su extensión no solamente separa el cuerpo del goce sino que es la condición de las operaciones a las que sometemos al cuerpo. Miller nos recuerda las palabras de Lacan de 1967 “harían falta a ese cuerpo los excesos inminentes de nuestra cirugía, para que estalle el sentido común de que solo disponemos de él al volverlo su propio despedazamiento”. Tenemos la fragmentación corporal constitutiva, el cuerpo fragmentado del estadio del espejo que se constituye como unidad a partir de la imagen, pero también el despedazamiento operado por la operación quirúrgica y favorecido,

⁶ Lacan, J., “El atolondradicho”, *Otros escritos*, Paidós, Bs. As., 2012.

⁷ Idem. p. 500.

como veremos, por la ingeniería genética. La relación con el cuerpo y su despedazamiento llegan en nuestro tiempo a su máxima extensión.

La perspectiva aristotélica, en cambio, acentúa la unidad del alma como forma del cuerpo, “la forma filosófica de nuestro imaginario del cuerpo”, que está perimida. Espontáneamente, somos un poco aristotélicos cuando identificamos imaginariamente el cuerpo y el ser del viviente. Pero Lacan termina su seminario 20 hablando de la rata en el laberinto, esa rata sumergida en el saber del experimentador, y que no tiene nada que ver con ese saber en tanto ser viviente. Es decir que, mientras el animal identifica ser y cuerpo (la rata *es* su cuerpo), para los seres hablantes el cuerpo no depende del ser sino del tener. “El hombre tiene un cuerpo”. Y si tiene un cuerpo, podríamos agregar, puede hacer con él lo que le de la gana.... O bien, puede no saber qué hacer con él. O no avenirse el goce de su cuerpo.

Incorporarse

Respecto del cuerpo, en *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*, Miller opone dos operaciones: la significantización y la corporización. En la primera, el significante se materializa en el cuerpo, tal como lo testimonia el síntoma histérico (basta con pensar en cualquier síntoma histérico típico). O, si se quiere, es la elevación de un objeto a la dignidad de La Cosa, algo se anula en el cuerpo y se eleva a la categoría de significante. Nada lo ilustra mejor que la operación por la cual una parte que pertenece a la realidad del cuerpo, el pene, se vuelve algo adosable al cuerpo, removible, elevándolo así al estatuto de significante.

La corporización, en cambio, es el reverso de esta elevación, es más bien el significante que entra en el cuerpo, el significante tiene así efectos no de significado sino de goce, es productor de goce. La corporización del significante se evidencia en el cuerpo tomado como superficie sobre la cual se escribe, se decora o se pinta, o bien se sustrae la sustancia, se mutila.

“La corporización contemporánea en la que el Otro no existe, donde el cuerpo tiende a ser abandonado por las normas y es retomado, pasa a ser el asiento de invenciones que intentan responder a la pregunta sobre qué hacer con su cuerpo. Asistimos, pues, y a veces sorprende, a esas invenciones de corporización que son los

piercing, el *body art*, pero también lo que inflige al cuerpo la dictadura de la higiene”,⁸ la salud, etc.

Eric Laurent, incluso, comenta de qué modo el lenguaje de la biología se ha apropiado de los cuerpos, se ha corporizado, podríamos decir, operando sobre los cuerpos, recortándolos, modificándolos.⁹

Volvamos entonces a nuestro punto de partida. Podríamos decir que no hay programa de goce sin cuerpo. Y si un análisis conduce a un sujeto a “la extrema individuación del modo de goce”, a prescindir de los enunciados prescriptivos para dar lugar a la contingencia, quizás también le permita poder arreglárselas mejor con su propio cuerpo, y por qué no también con lo posible de la muerte y con lo raro que es vivir.

Blanca Sánchez

⁸ Miller, J.-A., *La experiencia de lo real...*, *op. cit.*, pp- 398-99.

⁹ Laurent, E., “Hablar con el propio sintoma, hablar con el propio cuerpo”, en www.enapol.com